

Recontando Nicea - ¿En el Imperio pero no del Imperio?¹

Agosto 2025 - Istanbul

Nuestro Encuentro:

¿Cómo podemos visitar el primer Concilio Ecuménico de Nicea, 1700 años después de que ocurriera este histórico evento, con un espíritu de honestidad, humildad y esperanza? ¿Cómo reafirmamos nuestra fe común expresada en las palabras del Credo Niceno (381 d.C.) en tiempos que pueden describirse como "poco comunes", marcados por cambios y desafíos sin precedentes en nuestra vida compartida sobre la tierra, nuestro hogar común?

Un grupo global de gente que trabaja con teología convocadas por la agencia misionera anglicana *United Society Partners in the Gospel (USPG)* se reunió en Estambul (Constantinopla) e Iznik (Nicea) en Türkiye del 25 al 28 de agosto de 2025 para explorar estas preguntas y reflexionar sobre la influencia del Concilio de Nicea (325 d.C.) y el Credo Niceno (381 d.C.) en la fe cristiana, la misión y la unidad. Los participantes eran teólogos de India, Canadá, Reino Unido, Zimbabue, Sudáfrica, Brasil, Panamá, Suiza, Serbia, Grecia, Aotearoa Nueva Zelanda, Alemania y Estados Unidos, y pertenecían a las iglesias anglicana, bautista, ortodoxa, reformada, metodista, unida y unificante.

Aunque nuestro encuentro conmemoró el 1700º aniversario del Concilio de Nicea, nuestras reflexiones no se limitaron al evento histórico en sí. Más bien, buscamos considerar Nicea en sus dimensiones más amplias: la fe nicena, el Concilio de Nicea y los resultados del Concilio. Por "fe nicena", nos referimos a la afirmación de la fe trinitaria: confesar a Jesucristo como plenamente divino, adorado junto con el Padre y el Espíritu Santo, lo que sigue siendo la base común más sólida para todos los cristianos. Por "Concilio de Nicea", recordamos la asamblea del año 325 d.C., un evento que sólo fue plenamente recibido por toda la iglesia a través de un complejo proceso de recepción a lo largo de las décadas siguientes. Y por "resultados del Concilio", reconocemos, de manera destacada, el Credo que se originó en Nicea pero asumió su forma final como el Credo Niceno-Constantinopolitano en el 381 d.C., junto con otras decisiones como la regulación de la fecha común de la Pascua y los cánones sobre el orden eclesiástico.

Por lo tanto, aunque este informe destaca nuestras reflexiones sobre el Credo Niceno, somos conscientes de que las diferentes tradiciones eclesiásticas pueden leer, usar o relacionarse con el Credo de manera diferente, y que las opiniones sobre el Concilio en sí y su estatus también varían. Sin embargo, en todas estas diferencias, lo que más firmemente nos une es la propia fe nicena: la confesión de la divinidad de Jesucristo dentro de la vida de la Trinidad.

Revisitar la fe nicena puede entenderse como "re-tejer la estera teológica de nuestra fe común" (usando una metáfora del Pacífico). La oración, la peregrinación, la creatividad y la praxis surgieron como elementos importantes para este re-tejido, mientras reconocíamos la naturaleza litúrgica del Credo Niceno, emprendíamos una peregrinación a la antigua ciudad

¹ Un informe reflexivo del encuentro sobre "Reafirmar nuestra fe común para tiempos poco comunes", organizado por United Society Partners in the Gospel (USPG) para conmemorar el 1700º aniversario del primer concilio ecuménico de Nicea

de Nicea (Iznik), abrazábamos la creatividad como un método para nuestra imaginación teológica y buscábamos mantener juntos la ortodoxia (creencia correcta) y la ortopraxis (acción correcta) como aspectos integralmente conectados. Lo que marcó nuestro tiempo fue una gran diversidad de perspectivas, pero también una profunda y creciente amistad, vida común y un anhelo compartido por un mundo pacífico y justo.

Nuestro Enfoque: El Imperio (Pasado y Presente)

Reconocimos que ha habido muchas iniciativas diferentes este año importante para reflexionar teológicamente sobre Nicea. Acordamos que lo que podría dar a este encuentro una voz distintiva sería reflexionar sobre Nicea a través del lente del imperio, que podría definirse como “conglomerados grandes y siempre cambiantes de poder que tienen como objetivo controlar todos los aspectos de nuestras vidas”.

El lente del imperio se vuelve importante dado el conocido y explícito entrelazamiento entre el Concilio de Nicea y los intereses imperiales del emperador Constantino, pero también debido a los continuos entrelazamientos entre la iglesia y el imperio nacidos de la posterior esclavización y colonización europea de pueblos y tierras, y las maneras en que, incluso hoy, la iglesia y la teología a veces se convierten en herramientas de ambición y control imperial. ¿Hubo maneras en que aquellos que se reunieron en Nicea lograron trascender los intereses imperiales, y cómo podemos hacerlo hoy? Además, dado que el Concilio de Nicea y el Credo Niceno que eventualmente surgió tuvieron un enfoque distintivo en Jesucristo —afirmado como alguien que sufre y es ejecutado por el Imperio—, ¿qué potencial subversivo podría tener este enfoque y esta comprensión de Jesús en nuestro contexto actual?

Hay muchas maneras potenciales de leer y releer el Concilio de Nicea y la fe nicena, pero esta reflexión se centra en el lente del imperio. Fue este lente el que, de manera bastante natural entre nosotros, surgió y enmarcó nuestras discusiones.

En el Imperio: Leyendo Nicea a Través de los Contextos

El Concilio de Nicea fue convocado por el emperador Constantino para responder a desafíos dentro de las comunidades cristianas, con el objetivo de que la unidad de los cristianos contribuyera a la estabilidad de la *oikoumene* (el mundo habitado entero bajo el imperio romano). Dada su relación con el patrocinio imperial, se reconoció la importancia de explorar la relación entre el imperio, el Concilio de Nicea y el Credo Niceno.

Las reflexiones sobre esta relación variaron. Exploramos el credo en términos del contexto histórico de Nicea. ¿Por qué fue necesario? ¿Qué propósitos sirvió?

Escuchamos que, tras la reciente persecución del imperio romano, cuando las comunidades cristianas estaban fragmentadas y divididas, el acuerdo sobre una confesión común de fe fue de importancia decisiva. El Concilio de Nicea, convocado por el emperador Constantino, buscó establecer paz y reconciliación entre las partes en conflicto dentro de la iglesia. Esta búsqueda de paz fue significativa no solo para el imperio romano y su cohesión social —la *pax romana* de la *oikoumene*— sino, más importante aún, para la unidad de la propia iglesia.

En Nicea, la visión de la Iglesia universal fue articulada con nueva claridad: una y católica, en el sentido paulino de ser el cuerpo de Cristo (santa), y fundamentada en la tradición de la fe profesada por los apóstoles (apostólica). El proceso conciliar —el debate, la toma de decisiones y la representación de toda la *oikoumene* cristiana— fue central para esta visión. Si bien el Concilio sirvió indudablemente a los intereses imperiales, su credo y decisiones fueron, ante todo, un medio para unir a la iglesia en unidad de fe y vida.

También reconocimos la complejidad de las relaciones entre imperio, concilio y credo. Nicea marcó un punto de inflexión dramático: la iglesia, que hasta hace poco había sido perseguida, ahora encontraba su lugar en el corazón mismo de la sociedad imperial. Este cambio, junto con el largo y controvertido proceso de recepción de la fe nicena, ha seguido moldeando visiones divergentes de Nicea a lo largo de la historia. Para algunos, el Concilio sigue siendo un evento providencial y santo que estableció la verdadera fe y aseguró la unidad de la iglesia. Para otros, representa el momento en que la iglesia se rindió al imperio y se convirtió en su instrumento.

Al considerar su entorno imperial, no se puede reducir simplistamente al Concilio de Nicea a un episodio de gestión imperial del cristianismo. Si bien tuvo lugar dentro del cambio constantiniano más amplio, el concilio en sí dio testimonio de la agencia propia de la iglesia, su integridad teológica y su capacidad para resistir la cooptación imperial. Convocado por iniciativa episcopal, que fue asumida por el emperador Constantino, hizo un esfuerzo por articular la verdad doctrinal en lugar de un compromiso imperial, y su legado fue repetidamente opuesto o ignorado por los emperadores del siglo IV, quienes buscaron armonía sobre ortodoxia. El pragmatismo de Constantino, su posterior rehabilitación de Arrio y las campañas coercitivas de Constancio II contra la fe nicena demuestran que a menudo estuvo en desacuerdo con las estrategias imperiales.

Además, la memoria del sufrimiento de Cristo bajo el gobernador romano Poncio Pilato, preservada en el Credo Niceno, insinúa la conciencia duradera de la iglesia sobre su vulnerabilidad ante —y resistencia a— el poder imperial. Por lo tanto, podría argumentarse que la idea de Nicea, tal como fue establecida por los defensores de la fe nicena en la segunda parte del siglo IV, no representó el triunfo del imperio sobre la iglesia, sino un momento en el que la iglesia se definió a sí misma contra la lógica imperial. Su confesión, enraizada en la búsqueda de la verdad en lugar de la conveniencia, y promovida en contra de los intereses imperiales a lo largo del siglo IV, desafió el intento del imperio de aprovechar el cristianismo para la unidad, mostrando que la autoridad de la fe no reside en el veredicto de los emperadores, sino en el discernimiento de la iglesia.

Mientras tanto, en el Imperio: Reflexiones críticas

Si bien esta visión fue compartida, también hubo quienes entre nosotros se preguntaron cuán exitosa fue realmente la iglesia en posicionarse y en expresar su fe de maneras que no pudieran ser cooptadas por el imperio. Reconocimos que las tentaciones de colusión son fuertes, que el Credo Niceno en sí mismo puede ser leído de diferentes maneras y, de hecho, que en algunas circunstancias ha sido interpretado para apoyar imperios o fines imperiales. Si un texto lleva consigo la historia de su propia interpretación, entonces el Credo Niceno no es simplemente un texto inocente, independientemente de lo que algunos

de sus lectores originales o posteriores sugieran. Esto buscamos interrogarlo en un espíritu de apertura y unidad.

Al considerar la historia de recepción del Credo Niceno, aunque podría ser posible reconocer que hubo una inclusividad radical y subversiva en el propio Credo Niceno (vea más adelante reflexiones detalladas sobre la teología del Credo), no podemos evitar ver que, a lo largo de los siglos y milenios, los poderosos lograron subvertir lo subversivo. La fe que se cristalizó en Nicea se "convirtió" en una declaración colonial y colonizadora que deshumanizó al pueblo de Dios y desmembró la creación de Dios a lo largo de los años. Esto allanó el camino para otorgar superioridad y estatus privilegiado a ciertos grupos que casi lograron asignarse a sí mismos un estatus divino, algo que (posiblemente) fue resistido y subvertido proféticamente y de manera no violenta en Nicea.

Desde una perspectiva Wahine Maori, escuchamos cómo el Credo Niceno no solo se entiende como una declaración teológica, sino también como un vehículo que una vez sirvió para consolidar el poder colonial al reemplazar las comprensiones maoríes de lo divino (*Wahine Maori atua*) y la espiritualidad *Wahine* (*Wairua*) con la doctrina cristiana occidental, que relegó las formas no patriarcales de entender a Dios y las espiritualidades que afirman la creación como inferiores y subordinadas. Esto nos ayudó a comprender cómo el Credo Niceno ha sido utilizado para avanzar e imponer ciertas imágenes y características de Dios que han sido dañinas para muchas vidas, culturas, espiritualidades e incluso para la madre tierra misma.

Se plantearon preguntas sobre las formas en que los credos tienen el potencial de ocultar diferencias fundamentales para presentar una especie de unidad superficial. Un ejemplo de este encubrimiento se puede encontrar en el contexto del apartheid en Sudáfrica, donde tanto el estado del apartheid como las personas negras que estaban siendo oprimidas, detenidas y asesinadas, afirmaban la misma fe. Las siguientes palabras del Documento Kairos de 1985, cuyo 40º aniversario conmemoramos este año, capturan este dilema:

"Tanto el opresor como el oprimido afirman lealtad a la misma Iglesia. Ambos son bautizados en el mismo bautismo y participan juntos en la fracción del mismo pan, el mismo cuerpo y sangre de Cristo. Allí nos sentamos en la misma Iglesia mientras afuera policías y soldados cristianos están golpeando y matando a niños cristianos o torturando hasta la muerte a prisioneros cristianos, mientras otros cristianos permanecen al margen y débilmente claman por la paz."

Si un reconocimiento de nuestra fe compartida no conduce a una mayor interrogación sobre la violencia que se ha llevado a cabo en nombre de esta fe a través de la colusión y la complicidad, entonces simplemente juega el papel de encubrir estas injusticias.

Desde una lente antiimperial, también cuestionamos si los credos en general son un medio para imponer uniformidad a una fe diversa en nombre de la unidad, con la intención de dominación y control. El poema a continuación, escrito por uno de los participantes, nos invita a reflexionar sobre algunas de las formas potencialmente dañinas en que los credos pueden funcionar dentro de las tradiciones de fe, en términos de cerrar espacios para el diálogo, el cuestionamiento y el proceso:

Sobre los Credos

Siempre he sido desconfiada de los credos
Declaraciones calcificadas de creencias
Cerradas, cargadas y recitadas
Dejando poco tiempo o espacio para respirar
Para cuestionar
Para dudar
Para luchar
Para tocar la herida y determinar si es real o no
Todo parece demasiado limpio y controlado
Para afirmar ser en el nombre
De Aquel que vino por la libertad.

En un contexto donde los imperios tienden a imponer uniformidad como un medio de control y dominación, tales sospechas sobre los credos parecen naturales.

Si bien reconocemos que la mayoría de las comunidades cristianas continúan jurando lealtad al Credo Niceno, también reconocemos que la fe nicena afirmada en las palabras del Credo a menudo ha sido sostenida junto con crecientes casos de desigualdades e injusticias, conflictos violentos y una preocupante indiferencia hacia la difícil situación de las comunidades que ya están experimentando las consecuencias de la emergencia climática. En contraste con una lectura positiva del Credo Niceno, nuestro contexto no está afirmando la igualdad de todas las personas y continúa violando a la madre tierra. Se expresaron ira, tristeza y frustración por las formas en que la fe puede ser distorsionada e instrumentalizada por fuerzas imperiales, ya sea en el siglo III o en el XXI. En medio de todo esto, nos preguntamos: "¿Cómo podemos re-recibir el Credo Niceno hoy?"

Pero No del Imperio: Re-recibiendo el Credo Hoy

Nuestras conversaciones nos llevaron a ver que la fe nicena puede vivirse de una manera que sea profundamente subversiva al imperio. Y abrimos la posibilidad de elegir (re)leer el Credo Niceno a través de este lente. Desde esta perspectiva, señalamos las siguientes formas en que el Credo Niceno podría ser re-recibido hoy.

Abrazando la Vida

Los imperios, por naturaleza, son generadores de muerte. El potencial creativo del Credo Niceno para abordar cualquier contexto y diseño imperial radica en su enfoque central en el Dios Trino, quien es el Dios de la Vida. Prestar atención al Credo Niceno puede revelar una narrativa intrínseca de vida. Dios es afirmado en el Credo como el "creador del cielo y de la tierra" (creador de todas las cosas, visibles e invisibles en el Credo de Nicea de 325), Jesús es afirmado como aquel mediante quien "todas las cosas fueron hechas", y el Espíritu Santo es afirmado como el "dador de vida".

El Dios Trino que afirmamos en términos trinitarios abarca y abraza la red más amplia de la creación más allá de los humanos y nos protege de una manera de imaginar lo divino que sea parroquial y antropocéntrica. Estas afirmaciones de fe atestiguan y apuntan a una visión

de la salvación que es cósmica en alcance, que dirige nuestra fe tanto hacia la vida en este mundo como hacia la "vida del mundo venidero".

En un mundo marcado por una cultura y una "política de muerte" (*necropolítica*), este impulso centrado en la vida en el Credo ofrece una contra-narrativa al relato dominante del capitalismo y el consumismo que explota a los pobres y marginados y su entorno. Cómo dejamos que nuestra fe en este Dios de vida moldee nuestro compromiso con un mundo que sigue enfrentando el embate del "imperio" —donde la religión es instrumentalizada para usurpar poder, socavar la pluralidad y consolidar privilegios— es un desafío para el discipulado cristiano hoy.

Fortaleciendo la Fe

Los imperios prosperan mediante la imposición de uniformidad y dominación. Afirmar la naturaleza trinitaria de Dios tal como se expresa en el Credo Niceno nos protege de imaginar y relacionarnos con lo divino de maneras monolíticas. Más bien, nos libera para reconocer y abrazar la multiplicidad y la pluralidad en nuestro discurso sobre Dios, de maneras que pueden desafiar los sesgos culturales, conceptuales y lingüísticos.

Desde esta perspectiva, profundizar nuestra fe cristiana en conversación con la espiritualidad y la sabiduría indígenas, que a menudo han sido reprimidas bajo el colonialismo, es importante. Profundizar nuestra fe en un espíritu de diálogo puede (re)orientarnos hacia el evangelio cristiano de maneras inesperadas. En el transcurso de nuestras conversaciones en Türkiye, aprendimos cómo la sabiduría indígena abre posibilidades para entender a Dios como Padre y Madre, y como alguien en equilibrio e interconexión con toda la creación, desarrollando teologías que son liberadoras, vivificantes y proféticamente desafiantes para cualquier cultura en la que el imperio continúe floreciendo en cualquiera de sus muchas formas.

Escuchamos cómo, para el pueblo Guna de Panamá, por ejemplo, esta divinidad se manifiesta en la unidad de *Nana* (Dios Madre) y *Baba* (Dios Padre), cuyo *Nabgwana* (corazón compartido) es la Madre Tierra. La afirmación del Credo Niceno de un Dios, el Padre todopoderoso y creador, se ilumina aún más con la comprensión Guna del papel del Espíritu en la creación. Esta dualidad divina refleja la complementariedad y la interdependencia de todas las cosas en el universo, iluminada por el Espíritu Santo, quien reside en cada rincón de la creación. La presencia del Espíritu transforma así a la creación en un tapiz sagrado, revelando la naturaleza divina inherente de todas las cosas. Esto abre una nueva forma de entender a Dios y su creación desde una perspectiva pneumatológica: a través del Espíritu Santo.

Desde esta perspectiva, uno de nuestros participantes compartió la siguiente afirmación de fe Guna en un Dios de vida, cuya esencia misma está entretejida con la creación:

Credo de la Vida Interconectada (Español)

Creemos en la Vida que emana de la Madre Tierra, *Nabgwana*, una fuente de sabiduría ancestral que nos une.

En comunidad, comunión, reciprocidad, mutua ayuda y solidaridad, manifestamos el tejido viviente de nuestra fe.

Creemos que el Aliento del Espíritu reside en cada ser viviente, el aliento sagrado del Creador, revelando la divinidad inherente que habita en cada rincón del cosmos.

Creemos en el *Nega*, nuestro hogar sagrado, donde la Presencia divina persiste, un faro de esperanza y renovación, incluso en la sombra del pecado.

Creemos en la promesa de un futuro donde la vida florezca en armonía, guiada por *Nana* y *Baba*, donde la sabiduría de la Tierra se entrelaza con la justicia que emana de la vida y enseñanzas de Jesús, un camino hacia la plenitud.

De manera complementaria, otro participante destacó cómo regresar al griego original del Credo (el idioma común de la época) también puede proporcionar lecturas bastante diferentes de algunas traducciones imperiales dominantes y, por lo tanto, ayudarnos a releer imágenes dominantes de Dios en contra de la corriente. Un ejemplo es cómo la palabra *pantocrátor* puede entenderse como "el que sostiene todas las cosas" (como alguien podría sostener a un bebé), lo que ofrece una visión de Dios no como un emperador todopoderoso, sino como un Padre/Madre tierno. Estar abiertos a tales impulsos teológicos es una forma de ir más allá de las formas profundamente arraigadas de imaginar lo divino, que a menudo se han utilizado para reforzar y replicar desigualdades y divisiones existentes.

Encarnando la Justicia

Otra forma importante de re-recibir Nicea hoy sería buscar encarnar la praxis de Jesús: la justicia de Dios, en nuestro testimonio cristiano. El Jesús que emerge en el Credo Niceno es uno que tiene un potencial subversivo para superar al imperio.

El Credo Niceno afirma que es Jesús quien es "de la misma esencia de Dios" y, al hacerlo, desafía la imagen del emperador como deidad. Definir la relación entre la primera y la segunda persona de la Trinidad (Dios y Jesucristo) como "de la misma sustancia" (*homoousios*) merece especial atención. Mientras que los intereses imperiales podrían concebir a la segunda persona (Jesús) en términos de las imágenes dominantes de la primera (el Padre/Creador), una mirada más cercana a la segunda persona puede desafiar y reformular las imágenes dominantes de Dios.

Leído desde una lente antiimperial, uno puede releer el Credo de la siguiente manera:

- La simple pero poderosa frase "un solo Señor" transfiere la lealtad última de César al Kyrios crucificado y resucitado.
- *Homoousios* elimina cualquier jerarquía de divinidades menores modeladas en la jerarquía imperial.
- "Descendió... se encarnó... fue crucificado bajo Poncio Pilato" inscribe la vulnerabilidad y la violencia estatal en el núcleo del Credo.
- El "reino sin fin" relativiza todos los regímenes.
- El Espíritu "que habló por los profetas" instala dentro del Credo un criterio perpetuo para criticar el poder idólatra, incluidas sus formas eclesiales.

En Conclusión

Al conmemorar el 1700º aniversario del Concilio de Nicea este año, nuestro encuentro nos ayudó a reconocer que la invitación a reafirmar nuestra fe común para estos tiempos poco comunes no puede eludir la cuestión del imperio, tanto pasado como presente.

Reflexionando sobre el Concilio de Nicea, el Credo Niceno y la fe nicena a través del lente del imperio, no podemos evitar lamentar que aspectos de nuestra fe cristiana hayan sido a veces cooptados por los poderosos para servir a sus intereses. El orden mundial actual podría ser uno de esos momentos, donde parece que vivimos en un contexto en el que:

- La afirmación de la fe en Dios como creador parece ir de la mano con la tentación de jugar a ser Dios al saquear el planeta y sus pueblos.
- La afirmación de que Jesús fue crucificado por el imperio no nos impide resistir lo suficiente a aquellos imperios que crucifican a los inocentes.
- La afirmación de que el Espíritu Santo ha hablado a través de los profetas no nos lleva a prestar atención a las voces proféticas de protesta en nuestro medio.

Sin embargo, tiempos como estos nos invitan a redescubrir y re-recibir la promesa que el Credo Niceno ofrece de maneras frescas: la promesa de vida que está entretejida en el mismo ser de Dios, cuya naturaleza es la solidaridad.

Al reflexionar sobre la re-recepción del Credo Niceno, puede ser útil recordar que, a menudo, el Credo Niceno se escucha dentro de la liturgia como el trabajo del pueblo, como un momento en el que se escuchan las voces de los bautizados, y no solo las de los líderes de la iglesia ni las de los gobernantes de este mundo. Cuando la fe es verdaderamente compartida entre toda la comunidad, recitarla juntos puede convertirse en una expresión inspiradora de fe común, confiada y valiente, con el potencial de unirnos en solidaridad y liberarnos para la justicia.

Tal solidaridad puede permitirnos soñar y trabajar hacia un mundo donde el amor constante y la fidelidad se encuentren, y la justicia y la paz se besen mutuamente (cf. Salmo 85:10). Confiados en esta esperanza, todos podemos afirmar verdaderamente que, aunque el Credo Niceno (y nosotros mismos) podamos estar atrapados en el imperio, no somos del imperio.